



XV Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2013

CATEGORÍA INFANTIL: Primer Premio

Relato premiado: *“El tesoro de los Aines”*.

Autor / a: Ana Lozano Lapeña. Grisel (Zaragoza).

EL TESORO DE LOS AINES

Una niña llamada Sandra, que vivía en Tarazona, tenía cuatro grandes amigas llamadas: Irene, Sofía, Lucía e Inés. Un día, los padres de Sandra, decidieron ir de excursión al pueblo de Grisel, que se halla situado al pie del Monte de La Diezma, a 3 kilómetros de Tarazona, en la comarca de Tarazona y el Moncayo. A menudo pasaban por el cruce de la carretera de Grisel con la de Tarazona y siempre se preguntaban cómo sería este pueblo.

Así que un día decidieron ir a Grisel, pero antes les preguntaron a los padres de las amigas de Sandra si querían ir ellos también. Todos aceptaron la invitación, prepararon los bocadillos de jamón, de tortilla de patata ... Y subieron al pueblo. Durante la mañana estuvieron en la piscina y en el pabellón polideportivo, haciendo deporte.

A la hora de comer fueron al parque del pueblo donde, mientras los padres se comían los bocadillos sentados en un banco, las niñas comían y jugaban en los columpios. Al rato una vecina de Grisel pasó por el parque y los padres le preguntaron qué podían ir a visitar por la tarde. Esta les dijo que podían ir a: el pozo, la ermita, la iglesia, las casillas, el castillo ... Bueno a un montón de sitios porque Grisel era pequeño pero muy bonito.

Cuando Sofía escuchó lo del pozo le preguntó rápidamente a la señora qué era eso y dónde estaba. Cuando la vecina del pueblo les contó la leyenda, todas las chicas querían ir a verlo. Los padres les dijeron que podían ir solas, siempre que tuvieran cuidado y no regresaran tarde

Después de comer cogieron sus cosas y todas se fueron todas a buscar ese pozo, pero como no había indicaciones, cuando llegaron al Molino no sabían qué camino seguir. Decidieron llamar en una casa que allí había para preguntar por dónde se iba o si les podían dejar un plano.

Al llamar a la puerta un señor vestido con unos andrajos, una larga barba y pelo con canas, les preguntó a las pequeñas qué es lo que querían. Rápidamente entre todas le contaron que querían ir al pozo, pero que necesitaban un mapa para poder llegar. El anciano estuvo rebuscando un tiempo en un viejo armario lleno de polvo, al encontrarlo, se lo enseñó a las niñas y les explicó qué quería decir cada una de las marcas en el mapa.

El mapa era viejo, desteñido y roto por las esquinas, tenía muchos signos: todos los senderos por los que se podría llegar, las papeleras, el aparcamiento, los puentes que había para cruzar... ¡Y una X! El anciano les explicó todos los elementos del mapa, excepto la “X”. Irene que se dio cuenta, le pidió al anciano que le explicase lo que quería decir ese extraño símbolo.

Entonces, el viejo hombre les dijo que ahí se suponía que había un tesoro, pero que nunca nadie de los que habían ido anteriormente lo había encontrado, y que era posible, que ya lo hubieran descubierto hace muchos años sin que nadie se enterase. Las cinco niñas se despidieron del señor y se fueron en busca del tesoro hacia donde el mapa les indicaba.

Tardaron poco en encontrar el camino y todas las indicaciones del mapa eran correctas, todo se hallaba, donde estaba señalado: papeleras, puentes, campos... Al llegar al pozo, todas se sorprendieron, porque no pensaban que fuera a ser tan grande, tan hondo y con tanta vegetación. Entonces decidieron ir en busca del tesoro. Según el mapa del pozo se situaba al fondo del todo, por lo que cogieron una cuerda y poco a poco fueron bajando. Al llegar, se pusieron a buscar donde estaba marcada la “X”. Al encontrarla, empezaron a excavar. Pasaron horas y horas excavando y el tesoro no aparecía.

Las cinco estaban muy cansadas, aunque se habían reído y lo habían pasado mejor que nunca. A pesar del esfuerzo no encontraban el tesoro, así que se dieron por vencidas. Pero de repente al recoger la pala, Lucía encontró un pequeño papelito junto a cinco bonitos amuletos. En el papel ponía: “el verdadero tesoro es el poder de la amistad”. Cada amuleto tenía una piedra de diferente color: una azul, otra amarilla, otra roja, otra negra y otra verde. Cada una cogió el amuleto que más le gustaba, y es que ... ¡eran sus cinco colores favoritos!

El tiempo había pasado muy deprisa, así que decidieron volver con sus padres, porque si no éstos les echarían la bronca. Al verlos y contarles lo sucedido, con todo tipo de detalle, no creyeron lo que les contaron las niñas. Finalizado el día se fueron a Tarazona, se lo habían pasado genial y era un día que todas estaban seguras de que no iban a olvidar. De aquí en adelante, las niñas no se separaron nunca de su amuleto y la verdad es que les daba un montón de suerte. Pero lo más importante es que su amistad fue para siempre.